

POR UNA TEORÍA "CIENTÍFICA" DE LA TRADUCCIÓN

TEODORO SÁEZ HERMOSILLA

No me gustaría que ninguno de los aquí presentes, una vez conocido el título de esta conferencia, adoptara una actitud adversa debido a un pre-judicio contrario por considerar que el contenido previsible del texto se anuncia ya a las claras indebidamente pretencioso o disparatadamente revolucionario. Porque, ¿quién ha oído hablar de una teoría nada menos que científica de la traducción? Y puestos a utilizar tales nomenclaturas, ¿por qué no hablar también de otra teoría científica del lenguaje mismo? Y yo estaría de acuerdo en el hecho de que se da muy a menudo en nuestros hábitos culturales la reverendísima y excelentísima tendencia a la denominación pomposa y grandilocuente. Pero no estaría de acuerdo en aceptar que lo científico, por la costumbre de una equivocada e inexplicable inclinación, tienda a ser confundido con lo experimental, a ser limitado a lo natural - entiéndase lo fisiológico, lo cósmico, lo físico - rechazando ese otro aspecto menos tangible, menos mensurable y cuantificable pero no por ello menos apto para ser descrito y definido, para ser experimentado como objeto, que se enmarca en el campo de los sucesos, las invenciones, las intenciones y las decisiones, las ideas y las creencias, las hipótesis y los saberes, etc., objetos todos ellos producidos por nuestra capacidad de hablar y para nuestro progreso social y ético, algo que se podría denominar **segundo objeto**, un ente o entidad supra o meta-sensorial, formalmente imaginario y procedimentalmente social, dialectal y psicológico, segundo objeto que añadiría al primero - al de las cosas cósmicas y biológicas, "cosas" naturales en cuanto que tienen que ver con la naturaleza ya dada -, el universo de los artefactos, ese otro mundo que se fundamenta en la existencia y en el afán utópico del hombre. Objeto segundo pero no secundario de nuestras ciencias humanas, que según todos los indicios han sido tomadas menos en serio y por ello menos sometidas a la prueba de la experiencia y del experimento.

Aceptemos que el tal segundo objeto no solamente existe y es vigente y rector, sino que puede explicar muchos de nuestros errores y lagunas en el enfoque de los problemas y establezcámoslo como el axioma inicial, como el gran principio que implica y puede explicar el dominio completo y doble de la naturaleza dada y de la derivada en creación, en artefacto, y hagámoslo por simple sentido común o si se quiere por probar, por tratar de encontrar la verdad desde y a partir de un conjunto de hipótesis que se presentan como muy verosímiles.

Quizá el espectador actual, o el lector futuro, se entusiasme o por lo menos se conforme, cuando constata que la historia de la humanidad corre pareja a un catálogo de errores o de verdades siempre relativas a los momentos históricos, a sus esquemas epistemológicos y en definitiva a los pre-juicios o creencias no sometidos a prueba, ya que creemos conocer y damos por hecha la validez de nuestros beliefs, de nuestras creencias (puesto que se trata, está muy claro, ¡faltaría más!, de algo tan simple, de algo tan evidente como la propia existencia y el transcurrir de nuestras cosas cotidianas), y esa afirmación tan segura y tan tajante, debida a la suposición y al crédito social tanto como a la dejadez o a la rutina, nos coloca para nuestra desgracia una venda en los ojos y una cadena entre nuestro cerebro y nuestros dedos que nos impiden progresar.

Con esta postura a la vez modesta y sensata ya obtenemos una verdad más clara que nos dice que el aspecto social o, por mejor decir, psico-social fundamenta la capacidad individual y no a la inversa, como pudiera parecer en un principio, de que el acto real de mi texto escrito está ya desarmando y reduciendo a sus debidas proporciones las suspicaces o maliciosas expectativas que tal vez el avisado oyente había deducido de una lectura apresurada del título. Esta podría ser una de las novedades, la novedad de la doctrina, la gran hipótesis de base y de principio que hoy pretendo presentar aquí por si algo sale de provecho. Está claro que a esta primera "aventuración", a este primer doble axioma, seguirán otros, y mi trabajo consistirá en ir engarzándolos según lo que dicte la ciencia ya adquirida o el sentido común, y ello por ver si es posible - ésta era y sigue siendo mi apuesta - una teoría científica de la traducción.

Para empezar y por empezar, debo decir que he leído, en el poco tiempo de que he dispuesto desde el día en que el doctor Carlos Castilho se empeñara en que participase en este congreso, y de que participase como teórico de la traducción, he leído, o por mejor decir releído a grandes rasgos, las múltiples y variadas teorías de nuestros filósofos del lenguaje y de nuestros hermeneutas de la traducción pero no he visto, debe ser que ya voy para desmemoriado y viejo, no he visto ninguna obra que opere con los métodos quizá confusos pero aún vigentes de teorizar las ciencias naturales, de un Euclides, de un Newton, quienes intentan aplicar para ese ámbito del saber el combinado de axiomas o principios, definiciones, corolarios y teoremas. Faltos de otro enfoque teórico, me pregunto por qué no habríamos de

aplicar éste para el esclarecimiento de las ciencias sociales y humanas. En el caso en que el método se manifestara erróneo siempre habría tiempo de rectificar. Porque hay que empezar, ya va siendo hora, por alguna parte y solucionar las cosas de algún modo.

Y una vez establecidos esos principios, tendremos que hacer explícitos una serie de elementos que nuestra experiencia del fenómeno en cuestión, de la traducción en este caso, nos señala y, tras haberlos aislado, tendremos que describirlos y definirlos uno por uno y en su interdependencia potencial de conjunto, y todo ello para ir comprobando si los axiomas van teniendo apariencia de validez y de verdad. Y si eso es así, tendremos a continuación que hacer derivar, que extraer del conjunto de elementos definidos del fenómeno de la traducción que se han manifestado garantes de los principios, unos corolarios o teoremas que nos sirvan para nuestros actos concretos de traducir. Eso es lo que habría que hacer – así me lo han confirmado mis colegas científicos de las ciencias naturales – si queremos hablar y disponer de una teoría de la traducción.

Y yo he leído y releído de prisa y casi con ansia los textos de nuestros lingüistas, como quien desea encontrar con alivio una confirmación de las ideas que ha encontrado sensatas y válidas y que luego ha puesto por escrito, y no he visto, no he visto, que allí se hable de axiomas ni de definiciones ni de corolarios o de teoremas de un conjunto modélico de elementos. Ese conjunto que para los traductores debería consistir en la captación y devolución o repetición de un signo complejo de los sucesos que ocurren y de los pasos que se tienen que dar para que su función y oficio de mediadores funcione y funcione correctamente, tanto en los textos como en los discursos.

He conocido traductores políglotas, expertos entendidos en las lenguas antiguas y modernas, maestros insuperables en el dominio de la lengua, de la filología, de la gramática y hasta de la literatura y la poética. No hay que ir muy lejos para encontrarlos pues están con nosotros y tengo que decir que admiro sin ninguna reserva su trabajo, sus profundos y vastos conocimientos y su vocación de traductores, ya que no sólo han traducido mucho y bien sino que han intentado enseñar a los demás los instrumentos teóricos que les han permitido realizar con éxito tan ingente labor y cito al que me parece primero y pionero de entre todos nosotros, a Valentín García-Yebra, hoy académico de la Lengua por méritos más que sobrados (que me perdonen mis colegas portugueses si no cito al primero de entre ellos porque no sé quién puede ser), pero no veo en los textos de García-Yebra – y lo siento de veras porque me consta que ha hecho todo lo que ha podido y aún más – un modelo científico de la traducción tal como lo presentarían los científicos de las ciencias experimentales que estudian los objetos físicos.

Ya sé que en el campo de las ciencias sociales y humanas no tenemos que vérnoslas con ese tipo de objetos, que nuestros elementos de investigación son

actos, procesos, percepciones, sistemas, relaciones, juegos (la traducción, por ej. sería un juego más entre los juegos del hablar), saberes, intenciones, ritmos, etc., pero eso no cambia el *modus operandi* o, dicho de otra manera, esos elementos también pueden ser objetos de estudio científico mientras que no se demuestre lo contrario. Esos sucesos y relaciones entre sucesos no son entes etéreos sino que están insertos en órganos materiales, son producto de nuestros instrumentos orales y escriturales, además de resultado de nuestras capacidades sociales de intelección y de comunicación.

Me pregunto por qué estos procesos de percepción y estos actos de habla y de escritura no pueden ser sometidos al método análogo de las ciencias naturales, cuando ese método me parece más acertado y más satisfactoriamente explicatorio del fenómeno que necesito conocer para ponerlo en buena práctica. Y encuentro que los principios, axiomas y definiciones teóricas que necesito para el conocimiento del lenguaje y de la traducción no están en los libros de Taber o Nida (que es donde me dice Valentín que los vaya a buscar), ni están en Wandruzka (que es de donde él los saca, aplica y desarrolla), pero tampoco están en Malban, ni en Vinay o en Darbelnet, ni en Hartmann, ni en Neubert, ni en Brower, ni en Savory; ni siquiera en la "**Translémica**". Al llegar a este punto y denominación de tal ciencia traductológica debo hacer una breve pero necesaria parada para aclarar a los lectores del díptico que "sumariza" toda mi labor investigadora hasta el momento como teórico de la traducción y a fortiori como filósofo del lenguaje, para aclarar, digo, que esa teoría que aparece en mis escritos es una teoría real, es un intento aplicado de una persona que se encuentra entre nosotros y a quien tengo por excelente traductólogo amén de conocedor insigne de la historia de la traducción además de por amigo de hace muchas ilusiones y muchos años en esta fenomenal tarea de traducir, un intento que, sin embargo, no tuvo continuidad. Según un proceder borgiano o quizá más bien kafkiano yo quise dar mansión solariega y rancio abolengo - amistad obligaba y obliga - a este proyecto de mi amigo y para ello le busqué parentesco en otras ramas que enfocaban el fenómeno de la traducción desde el *parti pris* de la literatura comparada - léanse los trabajos de G. Toury y de I. Even-Zohar de la Escuela de Tel Aviv. De paso cito los títulos de mi díptico teórico de los que no he podido traer más que uno o dos ejemplares porque el primero está agotado hace ya un año y el segundo en la recta final de ser vendido - ni qué decir tiene que llevo bastante tiempo insistiendo en pedir a los responsables actuales del Servicio de Publicaciones de la Universidad de León que reimpriman esos libros pues me consta que tienen gran demanda pero allí las cosas de palacio van mucho más despacio de lo habitual y no me explico por qué. Esos libros se publicaron en 1994 y en 1998, y sus títulos respectivos (el primero es mucho más conocido que el segundo) son: *El Sentido de la traducción: reflexión y crítica*, y *La traducción poética a prueba: exégesis y autocrítica*. Espero que su

insistencia de ustedes les determine a hacerlo o me tendré que buscar un editor lo que prolongaría la espera.

Pues bien, decía que no había encontrado en los citados autores, y podría añadir otros tantos de no menor talla y nombradía, nada que se le parezca a este orden programático sacado de las ciencias naturales, sino que lo que veo en sus obras se reduce a un doble compendio de presentaciones y argumentaciones que no van, en una primera parte introductoria, más allá de la preceptiva y del recetario traduccional, y en la segunda, allí donde yo vería - con los buenos ojos de las ciencias naturales - las definiciones y los teoremas, no veo sino gramáticas comparadas o estilísticas comparadas o literaturas comparadas o incluso poéticas comparadas - ¿por qué siempre comparadas, por qué siempre textuales? - Más adelante trataré de explicar el porqué de esta monomanía. Lo que quiero decir, e intentaré demostrarlo, es que esa tipología de estudios no me parece que pueda ser considerada exposición o procedimiento teórico, no creo que pueda ser tenida por teoría fundamental, teoría matriz, fundacional, científica.

Y no lo creo porque, después de haber leído minuciosamente estos libros, me quedo sin saber cosas que me parecen más pertinentes y adecuadas a la fenomenología que se esconde más auténticamente en el traducir y que quiero esclarecer, contestaciones a un montón de preguntas que juzgo indispensables para su captación y dilucidación, respuestas que necesito conocer, tan esenciales y elementales como: ¿cuál es la relación y la diferencia entre lengua, lenguaje y habla?, ¿cómo se transforma el significante en imagen o idea? (preguntas que se alternan, como se ve, y que van desde el detalle nimio a generalizaciones mucho más complejas, cuestiones que se refieren a las diversas disciplinas que considero que pueden resolver el fenómeno, formulaciones que se me exige plantear) y prosigo con el cuestionario fundamental: ¿en qué se distingue y cuál es la relación entre acto y sistema, y viceversa?, ¿qué se debe entender por la palabra "palabra"?, si es posible que la semiótica o la semiología puedan abarcar todo el proceso del lenguaje o, planteada la cuestión de otro modo, si no hay elementos que escapan a la Semiótica y a la semiotización, pero además ¿qué es el ritmo y cómo se puede sistematizar?, ¿cuál es la diferencia, si es que la hay, entre discurso y texto?, ¿en qué consisten esos términos - que todo el mundo tiene por esenciales y claves - de la fidelidad, la equivalencia, la imitación, la copia, la transposición, la traducción literal y la literaria o la libre, los universales, la ambigüedad o la polisemia?, ¿cuál es la relación entre el fondo y la forma, entre el enunciado, la enunciación y el gesto (estos dos aspectos son importantísimos, créanme), y por encima y más en el fondo de estas dualidades, entre la oralidad y la literalidad?, ¿cuáles son los papeles que desempeñan en el lenguaje el inconsciente, lo lúdico, lo estético y todo lo que se tacha de subliminar?, ¿cuál es la diferencia entre estructura profunda y estructura superficial?, y esta diferencia ¿no se da solamente a nivel de la lengua y no a nivel

del habla?, ¿qué es exactamente lo que debemos entender por lo que denominamos "sentido"? ¿hasta qué punto y en qué momento y medida temporales y espacio-cerebrales son separables el contenido y la forma?, porque está claro que si contenido y forma no son de algún modo separables entonces la traducción es imposible. ¿por qué se dice que la traducción está en el origen del lenguaje, que lo funda y lo fundamenta?, ¿cómo se consigue, si es que esto es posible, una buena o aceptable traducción literaria o una traducción pragmática?, ¿cómo se afronta en traducción la literatura satírica, la barroca, la lúdica, etc.? ¿qué garantías existen de verificación de la exactitud o la belleza de una traducción?, ¿por contraste con qué?, ¿por referencia a qué?, ¿qué papel juega la retórica y la neoretórica en el habla y en la escritura?, ¿por qué no son válidas las explicaciones del fenómeno de la percepción al uso, es decir, las explicaciones lingüísticas, las conceptuales y las comunicativas?, ¿qué aporta al fenómeno de la traducción la psicología cognitiva y cuál puede ser el alcance de la joven disciplina que denominamos pragmática? o ¿qué importancia tiene para la traducción una teoría de los géneros? O ¿es posible la más difícil de todas las traducciones, así al menos se la considera aunque esto es cuando menos discutible, la traducción poética? Y que conste que, aunque el cuestionario es largo y extenso, se podría alargar.

A muy pocas cuestiones como éstas que acabo de exponer, que pueden constituir el índice nuclear de una obra suma de filosofía del lenguaje y de la traducción, responderían los libros teóricos de los autores anteriormente mencionados. Ellos se mueven entre la preceptiva y la comparación interidiomática, dan recetas o consejos y contrastan aspectos disciplinares parciales. Pero eso es todo.

Sin embargo, y para consuelo general, hay otros autores que tratan algunos o bastantes de los temas que yo acabo de exponer, y esos autores son (citaré a los que se me vienen mejor a la memoria y que los olvidados me perdonen: un Mounin para empezar, pero también un Fedorov, un Cary, un Admiral, un Holmes, un Simon S.C.Chau, un Pergnier, un Gumperz y un Hymes, un Beaugrande, un Hörmann, un Wilss, un Bermann, un Frank, un Newmark, una Silverman, una Kristeva, un Lefevere, un Kelly, un W.J. Ong, un Hatim y un Mason, una Snell-Hornby, un Shannon y un Weaver, un Johnson-Laird, un Clark H. H. y otro Clark (E. V.), un Levelt, un Fauconnier, etc., y en el ámbito psicológico y psicológico-cognitivo de los últimos citados, las obras enciclopédicas, pioneras, de Peter H. Lindsay y Donald A. Norman, y las actuales de M. Belinchon, A. Rivière y J. M. Igoa (titulada esta última *Psicología del lenguaje. Investigación y teoría*, Madrid, Ed. Trotta, 1996, 3.ª edición), y para terminar con los teóricos de este estilo y casta, los mejores, es decir, los más variados, originales, ricos y profundos: un Assoun, un Bajtin, un Bourdieu, un Heidegger, un Gadamer, un Piatelli-Palmarini, un Piaget y quizá un Chomsky, un Benveniste, un Jakobson, un Steiner, un E. Etkind, un Charaudeau, un Meschonnic, un Coseriu, un Kade, un Fodor, un Johnson-Laird,

un Gadamer, un Searle, un Ricoeur, una Seleskovith (con toda su Escuela de Paris) Que me perdonen también los olvidados. Si cito a tantos y los cito intercalando sus competencias es para que nos hagamos una idea de la inmensa labor sumativa que implica el estudio de la traducción y de sus lenguajes o viceversa.

Están también y se proponen e interponen en primera línea los lingüistas teóricos de la traducción, algunos o bastantes de los cuales elucubran más que teorizan, ya que para teorizar con alguna posibilidad de éxito hay que haberse sometido a la prueba de la práctica sin cuya experiencia es difícil la salvación y la solución. Esos lingüistas son legión pero citaré algunos cuyas ideas elementalmente conozco (en esto como en todo hay que ser humilde, comprensivo con los demás y prudente, dada la complejidad y la dificultad del campo de estudio). Algo he leído de J. C. Catford, de A. Ljudskanov, de Susan Bassnett-McGuire, de W. Dressler, por citar algunos. De otros todo lo que sé lo conozco por referencia de terceros, como es el caso de G. Vázquez-Ayora, de quien se dice que intenta explicar el proceso de la traducción por y mediante las doctrinas chomskianas y si eso es así se explica que no lo haya leído porque Chomsky no es teórico de mi devoción. Chomsky me parece que viene a ser un epigono continuador de las tesis de Saussure en el empecatado y no justificable enfoque dualista de los problemas del lenguaje: ya se conocen y se conocen demasiado para lo que valen sus dualidades sobre la estructura de superficie y la profunda, sobre la competencia y la performance, sobre la sintaxis y la semántica, cuestiones todas ellas inmersas en la más ortodoxa de las lingüísticas, por eso Chomsky no adivinaría ni afrontaría a la totalidad como un principio necesario entre los principios que pueden explicar la traducción tal como lo hacemos nosotros (ya trataré de explicar en su momento lo que implica este principio).

Es claro que no todos los citados dicen lo mismo, como es evidente que algunos se acercan más que otros a la realidad del fenómeno traductivo (habrá que encontrar un epíteto más acertado pues si "traduccional" no me gustaba, éste me parece peor) o emiten intuiciones certeras aun cuando no las razonan del todo o no las desarrollan bien (caso de Ljudskanov y de Dressler), pero me parece que en lo esencial todos se parecen en el hecho de que empiezan y terminan confundiendo lo que es de la lengua (la lengua saussureana del signo sistematizado con su significante o cadenas de signos orales y escritos y su significado polivalente, abstracto e incompleto) con lo que pertenece al universo del Habla que es el Sentido, o sea, lo que los seres humanos quieren decir en una situación dada y en un momento preciso y en un discurso oral en presencia del otro o en un texto de escritura donde el otro es convocado. Lo que el individuo acaba por decir oralmente o por escrito, porque la oralidad – ya abundaremos sobre este hecho fantástico – también sigue estando abrumadoramente en la escritura. Lo que dice el hablante, el escritor, y cómo lo dice, que ahí es donde se sitúa crucialmente la madre de todas

las confusiones y guerras entre teóricos, como también se verá, si no nos hartamos todos antes de tanta teoría sin el alivio y la distracción de alguna historieta necesaria.

Lo curioso es que los citados como filósofos del lenguaje y de la traducción (no los lingüistas de la preceptiva y de la comparación interidiomática) suelen a veces, dentro de sus diferentes enfoques conceptuales del tema, hacer saltar la chispa de la verdad acunada en una frase destinada a perdurar porque son como los títulos de los apartados del gran libro sobre teoría del lenguaje y de la traducción que acabará siendo científica (hasta donde pueda y deba ser científica) y postulando la existencia antes aludida de ese segundo objeto que no es otra cosa que el Dasein, es decir, la vida humana. Y hay algunos, muy pocos es cierto pero muy perspicaces, como es el caso de Benveniste que empezó por la lingüística más ortodoxa, y el de Meschonnic que empezó por la rítmica, y el de Charaudeau que empezó por la semiología, y el de G. Steiner que empezó por la poética, pero entiéndase todas estas disciplinas situadas ya bajo la égida y la batuta del Habla y del Sentido. Con lo que quiero decir que no estamos solos. P. Charaudeau ya escribió su *Grammaire du sens et de l'expression* (en la Universidad de Paris XIII, publicada en Hachette, hace diez años) con lo que nuestra tarea de definir el nuevo signo está muy adelantada en su apartado lingüístico. Y G. Steiner saca a la luz en este año sus *Gramáticas de la traducción* – el título original añade: *Originating in the Gifford Lectures for 1990* – en las versiones de A. Alonso y C. Galán Rodríguez (Madrid, Biblioteca de Ensayo Siruela) El título promete más de lo que el texto da pero hay muchas cosas aprovechables. Y para terminar, siempre provisionalmente, H. Meschonnic, del que no sabría decir por cuál de sus libros va pues escribe sin descanso y es difícil de leer pero no es como se dice un terrorista del lenguaje, ni un iluminado, sólo que da muchas vueltas y vueltas para extraer fragmentos de esa verdad que está casi en sintonía con la nuestra.

Para los que no me conozcan, que han de ser muchos, les diré que me muevo y trabajo en los campos de la teoría de la traducción y muy en especial en la crítica de la traducción poética, que tengo bastante tiempo libre y supongo que bastante vocación por las filosofías del lenguaje y por la poética (he escrito cuatro poemarios que no cambio por ninguna teoría). Que empecé mi tesis en 1975 con el tema *Verlaine en castellano*, que la defendí en 1980 en la Universidad de Extremadura, bajo la dirección del doctor Ricardo Senabre. (En ella intenté hacer una crítica sin paliativos de todas o casi todas las traducciones que se habían hecho, con mucha más pena que gloria por cierto, del "pobre Lelián" en España y en Iberoamérica, durante cerca de cien años. Que aprendí mucho y antes que nada a hablar en castellano, y después a ver funcionar por dentro los mecanismos del texto y la escritura, etc.)

Para obrar con estricta justicia, aunque con la ventaja del que conoce los fallos y los aciertos de los traductores anteriores, traduje una selección de lo que me

pareció más logrado de Verlaine. Ya deben saber ustedes que Verlaine es el poeta más traducido por los autores hispanohablantes, el preferido de entre todos los franceses, por encima de Baudelaire, su maestro, mis maestros sin duda, entre muchos otros. Les cuento todas estas cosas para hacer un pequeño alto que nos alivie de las arideces de la teoría, pues apenas si me he metido en faena y ya me parezco pesado.

También desde el año 1975 soy profesor de Francés, pero no de Universidad como creen automática e ingenuamente los lectores de mis ensayos sino de Instituto y trabajo y vivo como puedo y me dejan en Salamanca. Ah! Si, se me olvidaba: fui también, y a la vez, profesor interino de Lengua y Literatura Francesas en la Facultad de Filosofía y Letras de Cáceres, más o menos durante el tiempo que dediqué a la tesis, hasta que los políticos nos "obligaron" a abandonar la Facultad y yo me trasladé a mi actual Instituto de Salamanca. La historia de mis relaciones con la Facultad de Traducción y Documentación de esa villa son dignas de una novela entre negra y rosa pero no es cuestión de referirlas aquí. Si alguno está interesado que pregunte a mis amigos que la conocen muy bien y así se harán una idea más ajustada de lo expuesto por mis colegas paisanos de adopción en su ponencia de esta mañana.

Tras la distensión que espero haya supuesto esta historia muy resumida de mi encuentro con la traducción y sus avatares, prosigo. Ya verán más adelante la importancia que tiene el marco de la circunstancia para explicar el fenómeno de la traducción y del lenguaje.

Volviendo a retomar el tema por donde lo dejé, con la crítica a la labor de los teóricos lingüistas, creo que debo insistir en que se ha cometido y aún se sigue cometiendo, eso creo, un error epistemológico al seguir esa verdad parcial de nuestro padre Saussure, pero a la vez error metodológico y de perspectiva que nos ha hecho perder tanto tiempo y gastar tantos ríos confundidos de tinta y de caudal y de divagar y no poder acertar porque si seguimos a Saussure y con él a su descendencia de estructuralistas y formalistas de toda clase y condición estaremos condenados por los siglos de los siglos a dar vueltas sin rumbo y sin salida porque partimos del box del signo y no empezamos por el principio de la percepción y seguimos por el camino seguro y definitivo de los actos de hablar.

Esta nueva visión simple y sencilla, redentora y salvífica, tiene un dueño o mejor dicho una dueña, cuyo nombre es Danica Seleskovitch y tiene y mantiene toda una pléyade de seguidores, los sentidistas de la Escuela de París, con un compatriota mío al frente teórico, el doctor Mariano García-Landa, quien diseñó el dibujo de la nueva mansión del lenguaje, pero todos ellos se tropezaban, se quedaban una y otra y otra vez parados, inoperantes en sus métodos, tal un Jean Délisle, que hoy sigue ejerciendo su pedagogía del sentido en la ETI de Ottawa, desde el momento y punto y aparte en que descartaban, en que desterraban de su

práctica cotidiana, el vasto campo, el gran dominio, de la literatura y de la poesía. Y creo, creo, que ahí entré yo, en y por ese ámbito absolutamente necesario si queremos conocer el fenómeno del lenguaje con todos sus pluses. Me encontré con mi paisano - él había nacido en Miranda de Ebro, en 1930 y yo dieciséis años más tarde en Fuentebureba, un pueblecito a treinta kms. de Miranda y yo todavía estaba en la Facultad de Filosofía en Cáceres y él vivía y trabajaba en Bruselas como traductor simultáneo freelance, también como traductor de textos pragmáticos fundamentalmente para la Comisión - en el invierno del año de gracia de 1981 en Madrid, al salir ambos de una sesión de la APETI en la Fonoteca de la Biblioteca Nacional y yo me presenté a él, lo conocía de oídas y de haber leído en el Boletín de APETI algunos de sus artículos y él debió intuir todo lo que había en mí de poeta pensador y de crítico comentarista de poemas ajenos y debió decidir que sería de mucho provecho tomarme como socio al darse cuenta de que sin la literatura y sus géneros, sin la poética y sus ritmos, la teoría del sentido no tenía ni sentido ni futuro.

Luego siguieron doce años de intercambio casi febril, de reajuste teórico, de volver a empezar desde el principio, axioma por axioma, principio por principio, definición por definición, corolario por corolario y teorema por teorema, con el fax echando chispas entre Salamanca y Bruselas y viceversa. Hasta que aquella historia del maestro y del discípulo se terminó como se acaban muchas historias, se acabó definitivamente, pero yo quise proseguir por mi cuenta y riesgo con aquella épica y magnífica aventura del conocimiento sobre todo y ante todo por no dejar caer en el olvido tanta labor de reflexión y de investigación. Si me he decidido a contar esta otra historia, la de esta teoría renovada del sentido, la que bautizamos en su momento como **Teoría de los perceptos mentales y de los actos de habla**, es porque creo que debo a quien un día fue mi maestro (y a quien sigo considerando, además de una persona de gran talento por su amplísima preparación académica y su "funcionar" por libre durante muchos años, uno de esos genios a quienes precisamente les pierde una mal asimilada asunción de su genialidad) esta deuda de gratitud y también para que nadie piense que todo es fruto de mi cosecha, apenas la mitad diría yo - la parte de la literatura, de la poesía y en general del texto escrito -, pues una teoría de la traducción para los de la Escuela de París es y quizá no pueda ya ser nunca más que una teoría de la traducción consecutiva o simultánea, es decir una teoría de la traducción oral porque la chispa del fuego brotó de entre las manos de Danica, brotó de donde tiene que brotar toda teoría, de la experiencia diaria del ejercicio de su menester, y luego se prolongó en lumbre entre las sienas matematizadas, un poco alucinadas y redundantes hasta el hastío, de mi paisano. El se empeñaba y sin duda se sigue empeñando en que las teorías deben presentarse a base de fórmulas y probablemente tiene razón (G. Steiner estaría enteramente de acuerdo con este proceder).

lo que pasa es que el lector no está aún preparado para ese tipo matético de recepción y rechaza esa manera matemática de escritura. Pero ni la teoría de García-Landa es ya mi teoría ni yo deseo en absoluto seguir trabajando con él. Necesito, eso sí, un grupo de colegas pariguales que quieran trabajar conmigo pues no es ésta tarea para un investigador solo.

Adelanté, por motivos del guión y por la necesaria coherencia de éste y de cualquier otro texto, mi impresión de que Saussure se había equivocado al enfocar el problema del lenguaje empezando por sustentarlo en un estudio empírico "primo-objetual" de la lengua colocando a ésta como la meta fundamental y fundacional del lenguaje y situando al fenómeno del habla como algo secundario y no susceptible de estudio por su carácter individual. Pero con la demostración de la existencia del segundo principio que descubre su objeto, que no es otro que el de la vida misma, es perfectamente lógico y plausible que lo que Saussure considera secundario, es decir, la parole, el habla, sea por el contrario lo primordial y que la lengua, tal como él la concibe y la estructura, no responda a la verdad de la experiencia sino que se pierda en la abstracción, en la tendencia clasificatoria y sistematizadora siguiendo el modelo de estudio propio de las ciencias naturales y aplicando el método de éstas a lo que requiere otro tratamiento y otro punto de vista. Quizá por eso me parece que los estudios de Saussure y de sus seguidores están y estarán siempre condenados a ser incompletos.

Habíamos explicado con detalle, por la importancia que tienen, los dos postulados o principios que considerábamos clave para diseñar una teoría válida que explicase el fenómeno de la traducción y del lenguaje. Y habíamos sugerido otro principio necesario, el de la totalidad. No tiene sentido, porque no tiene cabida en los límites de una conferencia, que yo explicité aquí el contenido de todos los demás principios. Aparte de que eso lo pueden ustedes encontrar en mis escritos y más y mejor aún en los de García-Landa. (Véase "A general theory of translation (and of language)", en *Meta, Journal des Traducteurs / Translators' Journal*, Vol. 35, n.º 3, pp. 476 - 488. Montréal (Septembre 1990). Sin embargo no estará demás que los resuma de pasada para que se pueda aquilatar el verdadero alcance de la teoría.

Este principio de la totalidad implica que sólo el todo es verdad, o dicho de otro modo, que sólo existe aquí un objeto que es la totalidad de lo que hemos venido llamando segundo objeto, el de las ciencias humanas y sociales. Los aspectos aislados serían falsos puesto que ocultan, suplantando, la totalidad a la mirada no experta. Tomemos por ej. el concepto de acto de habla, no el del **speech act** de Austin y de Searle (referible más bien a la lógica de las proposiciones), sino al que introdujimos en el corpus y en el nombre de nuestra teoría. Para García-Landa y en este caso también para mí, este acto de habla, que podíamos traducir al Inglés buscando otra denominación, la de **talk act** podría

servir, es una totalidad procesal en la que podemos distinguir algunos momentos existenciales que se presentan como acciones realizadas por actores sociales, es decir, por personas, y otros transcurros exponenciales, que se presentan como estructuras, como sistemas. En este sentido el sistema de la lengua, el sistema de la lengua como conjunto estructurado de signos, constituye un momento, una parte, de la totalidad del sistema de la parole. De algún modo, desde algún punto de vista, la lengua, las personas y demás componentes del acto de habla, existen sólo en cuanto momentos de una totalidad. Pero una cosa es que se pueda enfocar la totalidad mediante una metodología "totalizante" (esto sólo sería posible mediante la intuición y nunca por el raciocinio) y otra, muy distinta es que se pueden estudiar estos momentos - y estos elementos - de la totalidad de forma necesariamente parcelaria. El acto de habla es, no la totalidad de los actos de habla - como dice García-Landa -, sino la unidad o la unicidad de todos los sistemas que convergen en su realización, esa totalidad sistemática y conjuntada para el estado de comunicación constante en el que vive y para el que vive la sociedad humana. A este estado virtual y/o fáctico de comunicación constante lo llamo yo lenguaje.

De los principios expuestos hasta aquí, pero también de los que siguen, se desprende otro, el de la libertad - responsabilidad, el principio moral como fundamento de verdad según el cual el ser humano crea la realidad. Recuérdese que no estamos hablando de objetos naturales sino de artefactos sociales producidos por la comunicación y en la comunicación.

El siguiente principio o postulado axiomático es el de la cotidianidad. El segundo objeto, o lo que hemos descrito como la vida humana, se presenta disfrazado de cotidianidad. La cotidianidad son acciones en un mundo que es la suma de las ideas recibidas y de los pre-juicios. Las ideas familiares que tenemos sobre las cosas, los clichés heredados, propalados y asumidos sin verificación experimental, tienen que ser despojados de su caparazón de verdades a medias, de desviaciones o de exageraciones, en cualquier caso de falseamientos traídos y llevados por el rumor y la rutina. Son saberes falsos, superficiales, que hemos de desenmascarar mediante un proceso que va contra corriente, el proceso de un extrañamiento voluntario. Por ej. todo el mundo parece que sabe en qué consiste traducir. Esta muy claro, ¿no?, traducir es cambiar las palabras de un idioma por otras palabras de otro idioma. Pues no señor, ésa es precisamente una idea equivocada de lo que es el fenómeno, pero rutinariamente la comunidad ha venido vehiculando esta idea simplona y superficial sin la curiosidad de someterla a prueba. La propia constitución de las ciencias empíricas ha sido el resultado de la penosa búsqueda de una verdad menos aparente escondida bajo la capa del cómodo estereotipo que campa a sus anchas por nuestro entorno cultural, por nuestra circunstancia y nuestra costumbre.

Para terminar con los principios podríamos añadir uno que apresta y pone en disposición formulaica el modelo complejo de las definiciones subsiguientes a los postulados. Se trataría del principio de diferencia ontológica entre los sistemas y los actos. Aquellos, presentados en el modelo nuevo de signo como exponentes, no existen por sí mismos sino que gravitan sobre los actos, son estructuras virtuales, potenciales, que se ponen a vivir en los diferentes momentos y modos, y por supuesto puestas en funcionamiento del hablar. Así, la teoría que presentamos se basa fundamentalmente en la diferencia entre la percepción producida por la operación de comprensión del lenguaje y las cadenas de signos lingüísticos que se utilizan, que se tienen que utilizar necesariamente, como soportes materiales – lo que demuestra que la lengua saussureana como conjunto sistémico de significantes es un ingrediente real, natural, y por ende una verdad, pero no una verdad total sino sólo parcial y en ese sentido falseada o falsa – en el fenómeno del lenguaje. Las cadenas de signos lingüísticos, lo que denominamos **unidades de verbalización** (que pueden coincidir o no coincidir con la frase y que son susceptibles de ser utilizadas como unidades de traducción), son empíricamente diferentes del producto de la percepción. Ambas cosas van ligadas en la realización de los actos pero esa diferencia empírica, ontológica, es la que hace posible la desverbalización en el momento y para el momento de traducir.

García-Landa establece tres postulados o axiomas que asientan – y delimitan – su teoría. Denomina al primero el principio de la repetitibilidad de lo dicho “como tal” Según este postulado, presentado como hipótesis cargada de verosimilitud (pero cuya verdad hay que demostrar), los sistemas de signos lingüísticos se diferencian de otros sistemas de signos en que los mensajes construidos con cadenas de estos signos del sistema lingüístico se pueden repetir con otras cadenas significantes del mismo sistema.

El segundo axioma dictamina que no se traducen las palabras sino que sólo se traduce el sentido (lo que el hablante o el escritor quieren decir). Con esta exposición se dice que de lo que se trata es de rededir el mensaje renunciando a toda pretensión de repetir la “forma”.

El tercer y último axioma establece que traducir es “hablar” para volver a decir lo ya dicho.

Pues bien, tengo que añadir otro principio, y es el de que no estoy de acuerdo ni en el fondo ni en la forma con los postulados expuestos por García-Landa como ya lo expliqué pormenorizadamente en mis últimos libros y como ya lo esclareceré más adelante. Y si las críticas a estos postulados son probadas, entonces mi teoría ya no coincide con la suya, aunque se quede con el mismo nombre y aunque se le asemeje y se le acerque.

Se ha definido a esta teoría como teoría de los preceptos mentales y de los actos de habla. Procediendo con lógica tendremos que explicar, aunque sea muy

someramente por imperativos del tiempo y de la situación, en qué consiste el concepto de "acto de habla" y el complementario y previo de "precepto lingüístico" (que deberíamos denominar de otro modo - ¿"hablistico quizá"? - para evitar confusiones con la vieja nomenclatura saussureana)

Empecemos por la descripción del acto de habla. Se trata de una operación compleja de verbalización - desverbalización - reverbalización que produce y reproduce el sentido, es decir, todo lo que quiere decir y expresar el hablante y no sólo el significado lingüístico adscrito diccionario y abstracta y sistemáticamente a la cadena de significantes, siendo y permaneciendo el sentido incambiado, y por el contrario siendo distintos los significantes como vehiculos idiomáticos que son, y no coincidiendo siempre los significados que los significantes revelan ni las referencias a las que apuntan. Esa desverbalización del sentido como entidad noética, pero también como entidad estética y emocional que impacta e impresiona (en el caso del habla literaria y poética), como contenido inmaterial, virtual y suspendido por unos instantes en el proceso de cambio de los significantes es lo que permanece dispuesto a una y mil nuevas reverbalizaciones hechas posibles por otras tantas cadenas de significantes. Lo que define a la traducción es la invariación del querer decir o del querer decir y expresar dentro del necesario cambio de los significantes.

Encaramos y explicamos así el fenómeno de la traducción como acto pero existe la otra implicación necesaria, la perceptual, la psicológico-cognitiva, proceso cerebral en y desde un entorno físico que es lugar y condición necesarios de producción y emisión de un conjunto de sonidos y signos que hacen posible ese acto lingüístico. Existe la circunstancia del diálogo y existe la capacidad de percepción y respuesta que posibilitan la intelección de los mensajes y, en definitiva, su traducibilidad.

El modelo del acto de habla implica, desde el punto de vista del proceso perceptual comunicativo, que el sentido intentado por el querer decir esté asociado a una cadena de significantes simbólicos, segmentos de diferenciales de presión de aire o de ondas acústicas que, emitidos por el hablante o inducidos por el lector, impactan la memoria auditiva o visual inmediata del perceptor. Luego aparece en la pantalla de la memoria activa (la working memory o la mémoire à court terme), una forma dada y su sentido. No conocemos bien los detalles del proceso pero nos parece que en lo esencial las cosas tienen que ocurrir así. En ese punto ya se puede decir que el interlocutor ha captado el querer decir del emisor. Esta captación del sentido se manifiesta por la construcción del percepto del sentido. Para que esto haya sido posible, para que sea posible, el interlocutor o lector necesitan un nuevo espacio que es extraído de la memoria permanente (mémoire à long terme) por la memoria de trabajo y devuelto a su verdadero lugar de la memoria activa. Es en el centro de este espacio donde se acaba de

desverbalizar la cadena significativa y donde se sitúa, destellante y fenomenal, el percepto intentado por el emisor y luego más o menos, mejor o peor captado por el intérprete y posteriormente por el destinatario, y ello dependiendo de una situación o conjunto de elementos extra-lingüísticos que activan a esos espacios. Esos elementos meta-lingüísticos son los conocimientos compartidos, las presencias dadas o convocadas, las creencias, las convenciones al uso, las intenciones y las explicaciones, las expectativas, etc. Este apartado pertenece por entero a García-Landa y debo reconocer que necesita desarrollos más profundos pues afronta todo un terreno, el de la psicología cognitiva y perceptiva, nada fácil de dilucidar mediante sus propios métodos y medios por lo que habrá que ir esperando confirmaciones sucesivas por parte de los estudiosos del cerebro humano.

La mera exposición del proceso de la traducción o de la traducción como proceso en su doble vertiente convergente de percepción y de acto anuncia ya los elementos que habrán de ser tenidos en cuenta para la definición del discurso o del texto: el sistema concatenado de saberes de carácter general que se completa con los sistemas fono-sintáctico-léxico-semánticos (sistemas lingüísticos), más los pragmáticos (que añaden a los anteriores los conceptos co-textuales y co-discursivos de comunicación y de situación), más los etnolingüísticos, más los saberes retóricos, los estilísticos, los "genéricos" (en el sentido de géneros literarios y no literarios) y los rítmicos, más los saberes psíquicos y psicoanalíticos, más los saberes convencionales (los beliefs, junto con el saber estar y actuar), más los saberes específicos, los mundillos del saber, de cada situación de habla, sin olvidar el vector histórico y temporal. Estos sistemas constituyen las disciplinas que se implican en las percepciones y se materializan en los actos. ¿El resultado?: un símbolo complejo (prefiero hablar de símbolo y ya no de signo pues ¿dónde se nos queda ya Saussure o Chomsky?) constituido por cerca de 20 elementos de los que media docena al menos, los menos estudiados y en ocasiones los más difíciles, son de mi exclusiva cosecha.

De lo expuesto se desprenden algunas primeras constataciones que revisten de hecho y de derecho el carácter de corolarios o teoremas: la lingüística ya no puede explicar por sí sola el fenómeno del lenguaje o, expresado de otra manera: éste es un símbolo del habla - y no de la lengua, no sólo de la lengua - como fenómeno que puede y debe explicar el lenguaje; el habla con su carácter de comunicación en presencia explica mucho mejor y más acabadamente que la lengua el fenómeno de la emisión y recepción, el intercambio de mensajes en una circunstancia y en un tiempo dados y por vía deductiva y concomitantemente: la oralidad es un océano con más de dos millones de años mientras que la literalidad - entiéndase escritura y véase la obra erudita y sorprendente a este respecto de W. J. Ong: *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, London and

New York, Methuen, 1982 - no sobrepasa los seis mil, o sea, que apenas si es un pocillo o a lo suma una charca. Ello no nos retrotrae a la imagen de un diluvio, imagen existente en las culturas de no pocas mitologías, sino por el contrario al hecho catastrófico de una desertización. Menos mal que esta pequeña laguna está impregnada, comandada y teleodirigida - tiene que estarlo por la fuerza del tiempo y por el caudal de la costumbre - por la oralidad. La página escrita (y hasta la página en blanco) refiere oralidad, rezuma oralidad, en los acentos, en las puntuaciones, en las pausas, en los márgenes, en los interlineados, en los sangrados, en la disposición de las letras, de las líneas y de los apartados (Veáanse en este punto las intuiciones de H. Meschonnic y desarróllense como lo he hecho yo en todos los casos). Desde los más de dos millones de años de ejercer y ejercitar un lenguaje hecho de habla nuestros textos escritos con plumas de hueso o tinta y luego con bolígrafos de plástico y luego con los más gigantescos ordenadores no son más que el principio de una promesa incierta, la garantía sólo y a muy largo plazo de una penosa recuperación.

De momento esa escritura ha recuperado en la pluma de algunos de esos grandes filósofos del lenguaje de los que hacíamos mención en la primera parte de esta charla algunos destellos, ha intuido, después de que ya lo dijeran otros, algunas verdades. No cité a Ortega, pienso que ya lo ha sido más que sobradamente y no lo cité porque ha escrito poco sobre traducción, poco y poco acertadamente según algún colega y amigo con el que comparto opinión, pero hay en su texto invertebrado al menos una afirmación que es enteramente verdadera porque asegura, aunque lo haga como de pasada, que "el asunto de la traducción, a poco que lo persigamos, nos lleva directamente hasta los arcanos más recónditos del maravilloso fenómeno que es el habla". Esta afirmación compensa con creces todos sus yerros. Porque anticipa y en cierto modo resume casi toda nuestra teoría. Como anticipa y resume gran parte de ella la famosa sentencia de San Jerónimo: "Non verbum e verbo sed sensum exprimere de sensu" No están haciendo estos buenos filósofos del lenguaje otra cosa que predicar lo que han visto y comprobado cientos de veces en su traducir de cada día, lo mismo que le ocurriera a Danica Seleskovitch y a sus seguidores. Sólo que estos tradujeron mal o interpretaron mal la sentencia del patrón cuando acunaron la frase - que luego constituyeron en axioma de su teoría - declarando tajantemente que "no se traducen las palabras sino el sentido", lo que para ser del todo cierto (y para no suscitar las justificadas iras de P. Newmark) necesita un adverbio restrictivo y conciliador: "solamente". "No se traducen solamente las palabras"... (Pero que no dé Newmark la vuelta a la sentencia diciendo que sólo se traducen las palabras porque esto es tanto como no decir nada)

Yo no pretendo ser aquí profeta de una verdad definitiva sino servidor humilde de la reflexión y del sentido común. Sin duda Saussure concibió lo que

concibió porque teorizar el universo de la parole era una empresa inconcebible para su tiempo y aun así quizá el propio hecho de sistematizar la lengua ya fue para su afán toda una aventura y hasta una revolución. Bien mirado hizo lo mismo que estamos haciendo nosotros, emplear el método de las ciencias naturales para un objeto abstraído de la realidad física, sistematizar la idea, dado que para él no era posible estructurar lo que consideraba realización individual y por ende diferenciación miliar. No pensó en el ser social del lenguaje, no lo antepuso al ser individual del mismo, no supo que el texto estaba primero e iba por delante del párrafo y el párrafo por delante de la frase y la frase por delante de la palabra y la palabra por delante del signo y de la letra. Tenía mucho más cercana y más sacrosanta de dignidad a la palabra impresa y aún no existía la traducción oral simultánea. Por eso no pudo ver lo que vio la Seleskovith. Y ¿qué diremos de los lingüistas y formalistas que se pusieron a estructurar los signos de la escritura cuando la retórica de Quintiliano ya estaba en ruinas y se estaba reduciendo a poco más que a una estilística? ¿Es que podían investigar de otra manera, ver otra cosa? Tuvo que llegar el juicio de Nuremberg y tuvieron que inventarse las Escuelas de traducción para volver a la parole olvidada. Lo mismo podría decirse de nuestros pioneros en lengua portuguesa o española, un Paulo Rónay, un Valentin García Yebra, que demasiado hicieron y demasiado tradujeron y teorizaron según su mejor saber hacer y entender y que por ello son dignos de toda admiración. La verdad más verdad en un universo en que todo es relativo necesita mucha dedicación y suerte y tiempo y así viene a aparecerse poco a poco y de peldaño en peldaño, justo a su hora.

Con la llegada y la multiplicación de las Escuelas de Traducción e Interpretación recuperamos la noción y la realidad de un habla millonaria de experiencia y de años pero en el interregno también se inventó la escritura para que la filosofía y las artes tuvieran otro hogar nuevo y otra acogida. Es cierto que la escritura hizo propicios el tótem y el icono, que nos metió entre ceja y ceja la falsa creencia de que traducir tenía que consistir en copiar, en imitar un dibujo con otro dibujo, cuando sólo era cuestión de acercamiento, de aproximarse, de llegar lo más cerca posible, al original. Era difícil substraerse a la idea, al deseo instintivo, de tener que copiarlo. También trajo la economía lingüística que se deriva de la necesidad de ser precisos y al mismo tiempo la floritura de la redundancia que llegó por el camino de las preceptivas poéticas y de las métricas y con ambos andares instauró el oráculo del hermetismo y de la polisemia. También esto tenía que ocurrir. Digamos que ha habido una confusión entre los enfoques de las ciencias o más concretamente que los principios y postulados elegidos no eran acertados porque no se daba al discurso lo que es de la palabra y al texto lo que es de la escritura, porque se empezaba por el principio y no por el fin, porque no se distinguía bien entre el proceso y el resultado. Aun así fueron los primeros grandes

lingüistas de la talla de Martinet y de Hjelmslev los que hicieron posible la separabilidad teórica - la separabilidad real ya existía y toda la cuestión residía en cómo poder explicar esta aparente contradicción - y lo hicieron posible imaginando y argumentando que el signo tenía una forma y un contenido, es decir, un significante y un significado pero que además el significante también estaba provisto de esa doble cara de materialidad fónica y de contenido nocional o estético y lo mismo le ocurría al significado, que estaba dotado de referencia pero también de sentido. Sin ellos el gran Coseriu no hubiera podido desarrollar su escala valorativa. Sin ellos nadie hubiera podido pensar que la poesía es traducible - porque se puede separar la forma del significante de su contenido emocional - porque se puede reexpresar ese contenido estético con otros sonidos o señales escritas semejantes pero, cuidado, que para que tal alquimia tenga éxito hay que poner al Sentido (a lo que el autor quiere decir y cómo lo quiere decir y expresar) por encima y por delante de la referencia y del significado puramente lingüístico. Paso a justificar y a explicar tales asertos con un ejemplo curioso e ilustrativo, con dos ejemplos, que les distraerán a la vez - hay que enseñar deleitando - que quizá les acaben de convencer.

Tomemos la palabra francesa **violon**, instrumento privilegiado y hasta fetichizado por los poetas vecinos de patria y hermanos de lengua. Elijamos a continuación la "**Chanson d'automne**" de Paul Verlaine, segundo verso de la primera estrofa del poema número cinco de los "**Paisajes tristes**" del libro **Poèmes saturniens**. Ahí tenemos el término simbólico: "**Les sanglots longs / des violons / de l'automne**" ... que es imagen y palabra figurativa clave de un modo de percibir y de cantar el otoño. No empecemos, por favor, dictaminando, siguiendo la inveterada costumbre de aceptar a pies juntillas la verdad heredada, pero no verificada, de los lugares comunes; no empecemos asegurando y pontificando que esa estrofa es imposible de traducir porque "la impresión musical, solemne, atamborada, lenta, reiterativa y ensordecida, hecha propicia por una repetición de **os** nasales y oscuras que acompañan y reflejan al término léxico clave de la estrofa no se puede remedar si tenemos que traducir **violon** por **violín**". (Quedaría ridículo - sentenciaría el lector ignorante o el crítico indocumentado -, estaríamos expresando justamente la sensación contraria: el redoble del tambor contra la débil queja, el aumentativo contra el diminutivo. Es evidente. Salta a la vista. No puede ser. Aquí nadie podrá decir que la traducción es posible)

Pero es que estamos una vez más metidos en la falsa creencia, esclavizados por la verdad superficial y sujetos al relativo y pobre conocimiento de las cosas, porque da la casualidad de que en Francés el sufijo **ON** no es aumentativo, no es aumentativo aunque los hispanohablantes lo veamos así, aunque lo parezca (pero ¿no habíamos quedado en que el signo es convencional?), sino que por el contrario

para un francés este morfema es diminutivo, denota pequeñez y delgadez, suena a desvalimiento y a lloro infantil y a vagido, lo mismo que el sufijo **IN** en castellano y en ese caso bastaría con traducir el significado lingüístico haciendo acompañar el ítem léxico por palabras y sonidos en concordancia con ese sustantivo para poder acercarnos al original en la recreación del impacto poético. Y no insistamos en pretender copiar, que la copia es imposible por naturaleza, por la naturaleza de los fonemas y de las palabras y de su disposición que son distintos – eso sí que es evidente. Con esto no pretendo decir que no haya límites en la traducción, que sí los hay y en ello difiero también de García-Landa y de los sentidistas, sino que en este caso la equivalencia poética es posible porque en la mente de un francés esa estrofa no sonaría como un redoble de tambor sino precisamente como “el planir sin fin del violín otoñal”, justo como nos suena a nosotros y por eso lo he traducido yo así en mi antología de P. Verlaine. (Véase *Paul Verlaine. Anthologie poétique*, Barcelona, Bosch, col. Erasmo, 1984 o *Paul Verlaine. Antología poética*, Barcelona, Orbis. Fabri, 1998)

Tomemos ahora otro instrumento musical utilizado por Arthur Rimbaud en su soneto “**Voyelles**”, duodécimo verso del soneto – primero del segundo terceto o, en disposición francesa, segundo del último cuarteto (quatrain à rimes embrasées) – como ítem léxico fundamental de la estrofa, el **clairon** que en español es **clarín**. La coincidencia con el caso de Verlaine parece, sólo parece, manifiesta, porque aquí el traductor no debería nunca quedarse en el estadio del puro significado traduciendo al nivel de la lengua y del diccionario un término por otro sino que lo que tiene que hacer es buscar otro instrumento cuyo nombre tenga al menos una (o), mejor dos (o) si es posible, aunque sea un **trombón**, y todo el cortejo más nutrido de palabras dotadas de **os** y de **as** nasales que lo acompañen pero no para describir, como en el caso de Verlaine, una impresión musical sino para simbolizar y remedar y redundar jugando con el fonema velar (o), que eso, entre otras cosas, además de “colorear” las vocales, es lo que Rimbaud ha pretendido hacer o por lo menos es otra lectura justificada. Si lo tradujéramos por **clarín** volveríamos a los dos últimos versos del segundo cuarteto donde la (i) ya ha sido imaginada, reflejada, entre otros lexemas, por la **risa** y la **embriaguez**. Por otra parte la (i) no puede ser **ROUGE** como **les pourpres**, **le sang craché**, o **le rire des lèvres belles** y, al mismo tiempo y en otra estrofa, **BLEU**, como **le Clairon** o los **Silences traversés des Mondes et des Anges**, – **O l’Oméga, rayon violet de Ses Yeux!** Dadme el nombre de un instrumento musical cuyo lexema tenga al menos una (o) y traduciré esta estrofa, traduciré la poesía. Y dadle a Rimbaud redondas y resonantes y sibilantes y majestuosas **OS** para que vea el azul que es lo que quiere ver, pero no le déis un **CLARÍN** por supremo que sea, pues aquí, el lexema en cuestión no puede conllevar la habitual denotación de sufijo diminutivo; si lo llevara, toda la estrofa implicaría

un contrasentido. En este pasaje el Sentido no sólo sobrepasa a la lengua sino que la contradice y la cambia a su antojo, pero lo que hay que traducir, en última estancia, es la intención, el impacto, la visión querida por el poeta.

Traducir, incluso la poesía, no es tan difícil, tan imposible, como parece. Para ello hay que saber de Poética y de Poética comparada. A mi me parece bastante más difícil de traducir la prosa conceptista y barroca y por supuesto la lúdica. Ahí entramos en los dominios de lo intraducible donde impera la connotación y el sobreentendido.

Para terminar, y refiriéndome al tema traductivo del Congreso, apuntaré algunas consideraciones. La enseñanza de la traducción tal como se practica en nuestras escuelas y facultades de traducción (no me refiero a las Facultades de Lenguas y Literaturas modernas en las que yo he enseñado la traducción literaria) me parece cuando menos restrictiva, parcial, pobre y limitada, falseada por incompleta y "pragmática" por razones económicas. Cuatro mil años de existencia de escritura literaria deberían haber sido capaces de extraer una pedagogía acabada de su manera de funcionar en todos los niveles y parcelas del lenguaje. Si he de creer a mi amigo Santoyo, tal empresa no se ha llevado a término de una manera satisfactoria, pero eso no constituye ninguna novedad ni destapa ningún escándalo si consideramos que aún no disponemos ni siquiera de una teoría que fundamente sus objetivos y sus contenidos. En los dos millones de años previos a la invención de la escritura ni la teoría ni la pedagogía hacían ninguna falta. Las gentes de toda lengua, raza y condición se entendían bien porque su intercambio de mensajes, su comunicación, se daba en el mundo del habla. El hecho de hablar y el cómo traducir una lengua por otra, un mensaje por otro, eran evidentes pues disponían de todos los protagonistas, circunstancias y factores necesarios para que la acción se ejecutase. Con la escritura vino la lengua, quedaron sólo los signos y su disposición, y se perdieron los canales de la comunicación. La traducción **in presentia**, dueña y señora de todos los elementos que se necesitan para fabricar una teoría y para aplicarla en una práctica, se convirtió en una traducción donde el necesario interlocutor es el gran ausente, donde hay que reinventar casi todos los parámetros en un diálogo imaginario que acaba por ser monólogo, en un tiempo que ya se sitúa necesariamente en la diacronía, en unos saberes que se van desleyendo, en unas ideas y creencias que se resquebrajan día tras día y en unos usos y costumbres que se desnaturalizan poco a poco.

Pero también esta traducción **in absentia** tiene mucho de revelador, de fundacional, de que el fenómeno de la traducción explica el fenómeno y el funcionar del lenguaje. Demuestra antes y mejor que la traducción oral que ningún texto es monumento acabado sino opera aperta, como diría Humberto Eco, obra performativa. Por ser mejorable o al menos factible con otros medios y con otra forma, se nos presenta como una traducción intralingual y nos revela la

separabilidad entre la forma y el contenido, entre el signo y el designio o viceversa. Por su carácter de diálogo imaginado con un otro ausente empieza por ser una búsqueda comparativa del ser del otro, del cuestionarse del otro, en la experiencia del yo, en el sentir del yo y termina por ser una respuesta incierta, todo lo más aproximada, el logro de alguna ganancia sobre los escombros de muchas pérdidas. Así me parece que funcionan los modelos de cualquier traducción. Como los modelos de cualquier lenguaje. Jakobson citó otras dos, además de la intralingual, - la interlingual, la intersemiótica - Si creyéramos que cualquier gesto humano es reductible a signo tendríamos que ensanchar, que multiplicar, el espacio y el ser de ese signo, de manera que el nuevo concepto apuntase a todo lo que sin ser habla acompaña a la voz articulada pero sin confundirse con ella: una mirada, el llanto o el grito, la risa o la rabia, y la imagen y el ritmo, un Ritmo que sería a la vez, por lo cambiante y lo variado del ser humano en su ser y en su actuar, según Henri Meschonnic, la forma del Sentido y el Sentido de su forma.